

Un Artículo de Manuel de Irujo

PARIS Y LOS VASCOS

¿Cómo conciben Europa los vascos? Así nos preguntaba en Londres el General De Gaulle semanas después de su histórico llamamiento. La concebimos — fué nuestra respuesta — como una Comunidad de hombres y naciones que viven en libertad y que se federan para asegurar su disfrute y mejorar su condición, mediante una unión de unidades, cuyos órganos jurídicos de expresión sean un Presidente, un Parlamento, un Gobierno, un Tribunal Supremo, una ley económica fundamental, con aduanas y comercio exterior, un Estado Mayor con jurisdicción continental, que garantice la unidad de reclutamiento, de sistema de defensa y maniobra, y una capital: París.

Antes que nosotros la había concebido de igual guisa otro vasco ilustre, bearnés por su nacimiento en Pau (de hecho la capital de su reino a la razón), que ha pasado a la historia con el nombre de Enrique IV, rey de Francia y de Navarra, el autor del Edicto de Nantes, que llevó la paz a las conciencias religiosas de Francia. Su Consejero, el Duque de Sully, publicaba en 1599 "E Gran Designio", donde se traza un proyecto de federación europea, a base de un Senado federal, Consejos nacionales y fuerzas armadas combinadas. Su propósito fué el de librar a los pueblos europeos de las amarguras de la guerra, forjando lazos de solidaridad continental permanente y orgánica, que les permitiera en conjunto realizar el bienestar y el progreso. La felicidad del género humano — escribía — jamás surgía de la guerra.

Recibió París con grandes muestras de aprecio y distinción a Teobaldo de Champagne, el rey trovador, primero de Navarra con aquel nombre. De París partió para Marsella, donde embarcó en 1239 para Tierra Santa, como general en jefe de la sexta cruzada, cuyas tropas condujo victoriosas al través de Monte Tauro, Antioquía, San Juan de Acre (Ptolemaida) y Jerusalem, donde entró a finales de 1240.

También París se puso de fiesta para recibir a Teobaldo II de Navarra, que contrajo matrimonio con la princesa Isabel, hija de San Luis, con el cual encontró la muerte en tierra de Tunes el año 1270, luchando en la octava cruzada.

Figura de gran relieve es la de Pedro de Artajona, obispo de Pamplona, protector y mecenas del arte y de la ciencia, consejero del rey, que en 1177 presidió la Embajada extraordinaria de Navarra enviada a Londres para mantener los derechos del reino pirenaico frente a Alfonso VIII de Castilla, en el laudo emitido por Enrique II de Inglaterra. Tanto influyó en el prelado navarro la gran capital donde se educó, que ha pasado a la historia con el nombre de Pedro de París.

Tribuno afortunado de la primera Comuna de París es Carlos II de Navarra, conocido por Carlos el Malo, figura novelesca, que casó con la hija del rey de Francia Juan II, hizo matar en lucha contra su suegro al Condestable Carlos de la Cerda, siendo condenado a muerte por el Parlamento de Francia y encerrado en el Palacio de su cuñado el Defin en Rouen, en las mazmorras del Louvre y en el castillo de Arleaux, de donde le liberaron un puñado de caballeros navarros, que disfrazados de carboneros se hicieron dueños de la fortaleza. Carlos II habló al pueblo de París en el Pré-aux Clercs desde un patíbulo, y París vibró enloquecido. Fué el espanto de la Jasquerie. En frase consagrada, "el aldeano, pisoteado y exprimido por todos, se levantó y mordió", haciendo vivir a Francia horas apocalípticas. Eran incidencias de la guerra de los cien años, en la cual, uno de los gritos de combate fué el de "Navarra".

A París vino, buscando refugio y universidad, San Francisco Xabier, exilado de Navarra cuando las tropas de Castilla protegidas por la escuadra inglesa, ocuparon en 1512 el territorio patrio. En París conoció a San Ignacio de Loyola, y en la montaña de Montmartre fué fundada por ellos la Compañía de Jesús. Llenó la vida artística de París los días del siglo

XVII Pedro Garat, "el Orfeo de Francia", y es figura de gran relieve en los fastos de la Revolución francesa, la del convencional Domingo Garat, como lo ha dado a conocer Isidoro de Fagoaga en las dos excelentes monografías editadas por Ekin en Buenos Aires. Contemporáneo de Pedro Garat fué Juan Crisóstomo de Arrascaeta, profesor del Conservatorio de París. Y había de ser José Cortazar y Zaballa, discípulo de Amper en la Escuela Central de Artes y Manufacturas de París, el inventor del lenguaje matemático español.

La institución que, durante un largo de tiempo mayor, ha mantenido en París el nombre de los vascos, es el Colegio de Navarra, fundado por la Reina Juana de Navarra, esposa de Felipe el Hermoso rey de Francia, en el testamento otorgado por aquella señora el 13 de marzo de 1783. Subsistió, con diversas incidencias, hasta su disolución ordenada por Decreto de la Convención de 29 de Junio de 1793, siendo transferido a la Escuela Politécnica por Decreto de Napoleón del 30 de marzo de 1805. Era aquel Colegio — a decir de Mezeray — "la escuela de la nobleza francesa y el honor de la Universidad". Haimafrand en su libro "Origen de la Universidad de París", afirma del Colegio de Navarra que "es la única escuela de la capital que ha reunido todos los géneros de enseñanza... historia de la civilización". Para erigir el Colegio, los ejecutores testamentarios de la reina Doña Juana enajenaron el Palacio de Navarra, sito cerca de la Puerta de San German, y adquirieron en la Montaña de Santa Genovena el solar que hoy ocupa la Escuela Politécnica.

Disputaron el Pontífice romano y la Corona francesa acerca del carácter del Colegio. Juan XXII en su bula de febrero de 1317 afirmaba su régimen autónomo. Felipe V reunió en el castillo de Vincennes a los teólogos franceses, que en 2 de enero de 1333 reconocieron a la Corona del derecho de patronato. En 1954 la Universidad de París depositó su tesoro en la capilla del Colegio de Navarra, construida en 1315 por Pierre de Val. El poeta Villón se introdujo una noche en su recinto y robó aquel tesoro, huyendo con él a Inglaterra donde lo gastó alegremente. El rey le otorgó su perdón en premio a la belleza de sus versos, y la estatua del poeta se encuentra hoy en el Square Monge, en el mismo lugar donde colocó su escala en el muro de la rue Traversine para escalar la capilla.

Son discípulos del Colegio de Navarra Jacques Benrique Bossuet, Rabelais, Jean Charlier (Gerson), Nicolás Oresme, Pierre d'Ailly, Nicolás de Clamanges, Jean de Courteuise y Armand du Plessis de Richelieu, por no mencionar más que las figuras más destacadas. Entre los episodios pintorescos de su anecdotario se encuentra el de los tres Enríques. Se encontraban en 1567 en el Colegio el Duque de Anjou después Enrique III de Francia, Enrique de Guisa, le Balafre, y Enrique de Navarra, más adelante III de Navarra y IV de Francia. Salían un día juntos los tres. Encontraron una gitana que les echó la buena ventura. Predijo para los tres una existencia brillante y una muerte trágica. El efecto: el puñal de Ravillac acabó con la vida de Enrique IV, el cachillo de Jacques Clement con la de Enrique III, y las espadas de los 45 con Enrique de Guisa, le Balafre, en el castillo de Bois.

Enrique IV volvió más tarde al Colegio de Navarra donde había ocurrido como estudiante y se presernó como rey en su capilla. "Ce fut une ceremonie d'amende honorable" reza el texto, del que la historia se ha hecho cargo con la célebre frase de que "París bien vale una Misa". Es el fundador de la Casa Borbón, cuyos soberanos llenaron los palacios reales de Lises y Cadenas, proclamándose reyes "de Francia y de Navarra".

Los vascos saludamos a París con la emoción de quien contempla una obra a cuya forja secular hemos concurrido de manera bastante como para que nunca podamos reputarnos extraños en ella.